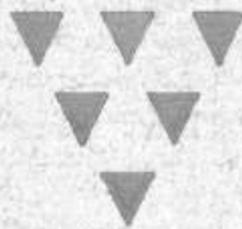




**GIL
Y CARRASCO**

VELADA LITERARIA



LIT. E IMP. ROEL.-OORUÑA.

Ex Libris



Dr. Do. Jaime Masaveu

March 26 - 1952

4 2 1 1

VELADA LITERARIA

EN HONOR DE

Enrique Gil y Carrasco

INSIGNE ESCRITOR Y POETA LEONÉS

HIJO DE VILAFRANCA

celebrada en el Teatro Villafranquino en la tarde

del 17 de Septiembre de 1924



LITOGRAFÍA E IMPRENTA ROEL

LA CORUÑA



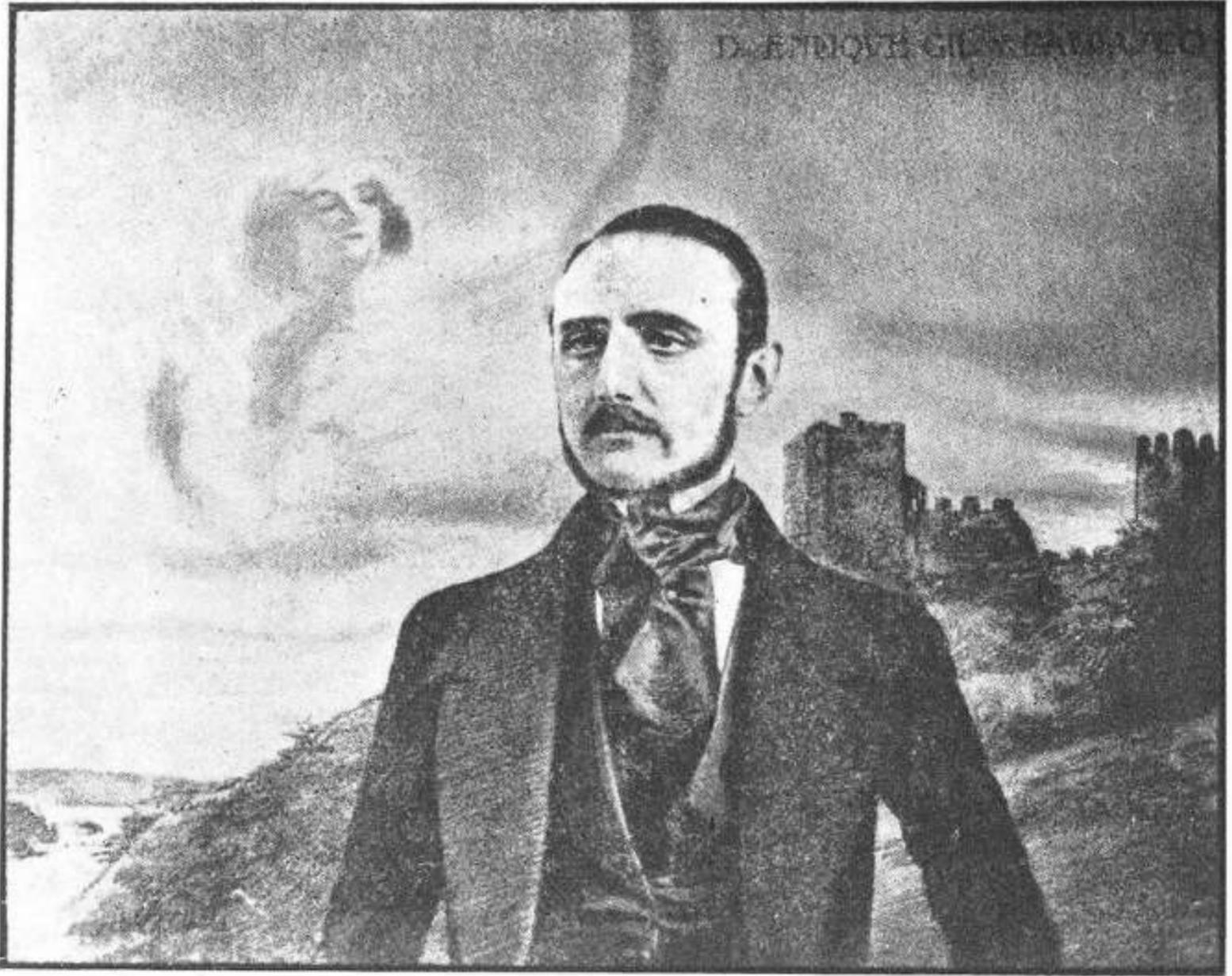
R. 33463

Dedica este ejemplar de la revista
en honor del excmo vate vellofranciano,
Gil y Carrasco, al R. P. Benito Guzmán,
(O. S. A.), distinguido y sabio profesor
del Real Colegio de Alfonso XII de
El Escorial, su admirador, amigo y
paisano

Antonio Carvajal
A. de Toledo



El Escorial, Enero de 1924



ENRIQUE GIL Y CARRASCO

PROGRAMA Y ADHESIONES

VELADA LITERARIO-MUSICAL celebrada en honor del inmortal escritor y poeta leonés, hijo de Villafranca, ENRIQUE GIL Y CARRASCO, a las cinco de la tarde del día 17 de Septiembre de 1924, en el Teatro Villafranquino.

PRIMERA PARTE

- 1.º Sinfonía, por la brillante banda militar portuguesa.
- 2.º Presentación, por el señor Alcalde de esta villa.
- 3.º Discurso del Excmo. Sr. D. Severo Gómez Núñez, General de Artillería.
- 4.º *Las novelas y la novela de Gil y Carrasco «El Señor de Bembibre»*, por el Rector del Colegio de la Inmaculada.
- 5.º *Una página de «El Señor de Bembibre», «Cornatel»*, poesía de D. Ricardo A. Montiel, Párroco de Bembibre.
- 6.º *Composición poética en honor de Gil y Carrasco*, por D. Antonio Carvajal A. de Toledo.

SEGUNDA PARTE

- 1.º Pieza de concierto, por la banda.
- 2.º *Añorando a Gil y Carrasco*, por D. Manuel Santín González, Presbítero.

- 3.º Trabajo del eminente literato D. José M.^º Goy.
- 4.º *Anhelos*, poesía de D. Francisco de Llano y Ovalle.
- 5.º Gran marcha, por la banda.

* * *

«Villafranca, el pueblo gentil que florece y sonríe como un divino milagro, asentado en el bello corazón del Bierzo encantador, cabe un cielo de cobalto, se dispone a homenajear mañana al preclaro «ruiseñor berciano».

Al igual que el homenaje rendido a Concha Espina, la prodigiosa novelista cántabra, significa esta delicada manifestación colectiva un nuevo triunfo consolador del espíritu y es la ofrenda sentida y devota de un pueblo cultísimo, enamorado de sus glorias pretéritas.

Enrique Gil y Carrasco, escritor muy brillante, poeta romántico por excelencia, fué el cantor predilecto, inimitado, de su tierra ideal, maravilla de flores.

El Pensamiento Astorgano súmase fervorosamente a esa manifestación entusiasta del sentir berciano, que comparte la provincia leonesa toda, y rinde un tributo de afecto y simpatía a la bella Villafranca, rico vergel, cuna afortunada del malogrado autor de *El Señor de Bembibre*.»

(De *El Pensamiento Astorgano*.)

* * *

«Orense, 1.º de septiembre de 1924.

Señor Presidente de la Comisión de Festejos
Villafranca.

Muy señor mío y de mi más distinguida consideración:
He recibido la atenta carta en que usted se digna invitarme

a tomar parte con algún trabajo literario en la solemne velada que habrá de celebrarse en esa cultísima villa, con motivo del homenaje que la Corporación municipal acordó rendir a la memoria del inmortal novelador y poeta Enrique Gil y Carrasco, gloria perdurable del pueblo que le vió nacer y clarísimo ornamento de las letras patrias.

Agradezco mucho invitación que tanto me honra, y siento de todas veras que no me sea posible complacer a usted, por hallarme en período de convalecencia de una grave enfermedad, que me tuvo mes y medio postrado en cama, y de la cual no me he repuesto lo bastante para hacer mi acostumbrada visita veraniega a mi querido pueblo natal.

Usted que sabe la entusiasta admiración que siento por el malogrado autor de *El Señor de Bembibre*, comprenderá lo mucho que lamento semejante contrariedad. Sírvase usted participarlo así a la Comisión que tan dignamente preside, y ofrecerle los respetos de quien se complace en ofrecerse de usted afmo. s. s., q. e. s. m.,

MARCELO MACÍAS,
Delegado Regio de Bellas Artes.»

* * *

«Astorga, 17-11.

Director, Redacción *Faro Astorgano*, adhiérense homenaje tribútase memoria Enrique Gil, gloria letras patrias. Saludan habitantes hermosa villa hónranse honrando hijos enaltécenla.

LÓPEZ.»

* * *

«Orgaz, 16-17.

Como hijo adoptivo ese ilustre y querido pueblo, significativo a usted mi adhesión entusiasta y aplaudo homenaje preclaro Gil Carrasco. Saludos.

JOSÉ VEGA.»

CUATRO PALABRAS A GUISA DE PRÓLOGO

Lector amigo: si en estos días en que todo es materia, no es de tu gusto dedicar unos minutos a los tiempos en que aquellos que nos precedieron en el disfrute de la tierra, que es decir de la vida, dedicáronlos a rendir homenaje a ese *algo* intangible, inmaterial —comparado con la densidad de lo que es complemento y servidor de nuestro sér en este planeta—..... ¡no sigas leyendo! ¿Para qué? ¡Tú perderías el tiempo..... e indiferente, o creyendo que te han hecho fraude..... te sentirás desilusionado!

Mas si llamó tu atención alguna vez aquella época llamada *caballescá* o *romántica*, en la que el espíritu forzaba a rendir pleitesía y vasallaje al rojo glóbulo que circula por nuestras arterias, y sirviéndose de él, como esclavo que realmente es, del único señor para el que fué creado, sientes, *entrando en ti mismo*, alguna curiosidad por investigar causas y efectos, pensamiento y acción, Creador y criatura..... entonces lee. Y te ruego muy encarecidamente, con

el respeto del último de tus criados, que no pases una hoja siquiera de este folleto, sin que acudan a tu memoria aquellos días en que España fué grande y señora, portadora de la cultura, de la civilización y de la antorcha del Cielo, porque quien *puede y quiere, y quien quiere porque puede*, hízola embajadora de sus destellos divinos, llevando a los más apartados rincones de nuestro mundo —a la par que regaba con su sangre generosa todos los surcos de la tierra— la luz del progreso, de la cultura, del camino —sendero muchas veces—, ancha y hermosa vía después, de la perfección y del saber.

¡Los caballeros románticos de la época a que aludo, hicieron el milagro.... y sometieron reinos, conquistaron naciones y descubrieron mundos!

¡Para ellos, el espíritu lo era todo! Lo demás.... nada: como pompa de jabón que estalla en cuanto se eleva dos metros sobre nuestras cabezas.

Pero no se ha perdido del todo la simiente.

Algunos buenos hijos de esta hidalga villa, quieren despertar la pesada somnolencia del positivismo enervante, característica de nuestra época, y llaman.... llaman, con fuertes aldabonazos.

Y en esta gran empresa les acompañan muy queridos coterráneos, hijos de esta incomparable región del Bierzo (que, como nadie, cantó nuestro inmortal Enrique Gil), en la vanguardia, en el puesto de honor, como fuerzas de choque dispuestas siempre al heroísmo y al sacrificio.

Decía mi humilde pluma en el mes de Abril último, de nuestro vate inmortal:

«Al *Señor de Bemibre*, a pesar de habersele concedido en los valores literarios un puesto de honor merecidísimo, no se le ha colocado todavía, en donde por estricta justicia le corresponde estar. Si su valía literaria es grande, lo es aun mayor, si cabe, en el orden moral.

» Aquellos caballeros bercianos del siglo XIV, que calzaban espuela de oro y tenían como su mayor desgracia y castigo «que el perdón de Dios no les asistiese en la hora del juicio»; aquellos hombres, nuestros antecesores, todo corazón y nobleza y conciencia, sabían morir antes que faltar a su palabra empeñada, y guardaban y defendían con tesón no igualado, las virtudes que ennoblecen y elevan: eran ardientes, impetuosos y temerarios, privilegio indudable de la raza española, pero todo ello corría por los cauces de conciencias puras, poniendo todo su anhelo, toda su vida, en no desviarse de la estrecha senda del honor. Y aunque siempre hubo y habrá en la tierra planes inicuos y hombres también inicuos, que sirven como de contraste para los corazones grandes, los caballeros bercianos del siglo XIV, llevaban sus amarguras y dolores, con la frente pura, con el alma limpia, y vivían más para la vida interior, buscando la propia, la individual estima, que para la vida exterior — permítasenos la frase —, más asequible a las comedias y farsas del vivir cotidiano.

» Y aquella la época que nos pinta, que nos enseña el excelso Gil, nos la presenta de un modo tal, que basta la lectura de *El Señor de Bembibre* — aun para aquellos que como el que suscribe tienen muy escasos conocimientos— para darse perfecta cuenta de lo mucho que hemos perdido en el orden moral de entonces acá, y de lo imposible que es hoy para nosotros, realizar aquellas obras que pasmaban y sobrecogían al mundo, y que nuestros antecesores efectuaban tan sencilla, tan naturalmente, que nos parecen a los hombres de hoy producciones de la rica fantasía del poeta, no escenas arrancadas a la viviente realidad.

» Aquel D. Alvaro Yáñez —señor de Bembibre—, que ve roto, destrozado, deshecho, el bajel de su felicidad por el impetuoso oleaje del alborotado mar de una vida cruel, de un destino sin entrañas, y busca refugio en la sacrosanta religión de sus mayores, que le enseñaron a amar a Dios aun en las mayores adversidades, y que es realmente cuando ese amor tiene mérito y perfecciona; aquella Beatriz, la señorita de Arganza, tan pura, tan hermosa, tan llena de riquezas, tan buena, que pasa por la tierra sufriendo cruelísimamente, sin que le sea dable disfrutar de aquella felicidad que a llenas tienen las pastoras de los rebaños de su padre, y por fin, cuando parecía que llegaban las horas de la dicha..... ¡la que llegaba, era la que no perdona..... la muerte cruel que la arrebató..... ¡y ella bendice a Dios, no se cansa de bendecir a su Creador, y vuela

al Cielo a recoger la corona de su martirio y a esperar a su D. Alvaro.»

Esto decíamos en Abril del año en curso. Y cinco meses después, teníamos la triste satisfacción de leer «que el mal del Occidente, el mal de Europa, » ha convertido en hombre político y comercial, de » intenciones limitadas al hombre moral, y que hoy » marchamos bajo las banderas de una libertad » falsa, porque al conseguir el máximo de una cultura material, hemos expulsado en cambio a la » poesía; y la ausencia de la poesía, no puede traer » consigo más que la esclavitud y el aniquilamiento; » la forja de cadenas de hierro, las más bárbaras y » tiránicas entre las fabricadas a lo largo de la historia. Porque en tanto que falte la gracia a la » actividad presente, ésta será falsa, afirmando cumplidamente el concepto de que la belleza no es una » fantasía, puesto que reside en ella el sentido de las » realidades, y todo lo que de ella se aparte, incidirá en el extravío, en el dolor y en la oscuridad.»

«Tenía que ser —dice el eximio escritor D. José Alsina— no sólo el pensador, sino el poeta, y un poeta altísimo y lejano, quien formulase el diagnóstico del mal del Occidente; del materialismo occidental: Rabindranath Tagore, cuyo libro acerca de *La Religión Poética* ha sido trasladado a todos los idiomas europeos.»

.

Estamos, pues, en lo cierto, quienes vemos en el inmortal poeta berciano, en el inolvidable Gil y

Carrasco, y en sus producciones literarias, algo más que joyas poéticas llenas de gracia, fluidez y valor imponderable.

Al rendirle Villafranca el 17 de Septiembre de 1924, el homenaje de honor que se le debía desde 1846, en que el alma de Gil voló a regiones celestes, con la velada literario-musical, celebrando una fiesta espiritual memorable, ha pagado una deuda que todo el Bierzo debía: y el espíritu de Gil, al enterarse de los trabajos leídos para su enaltecimiento y su gloria, trabajos de pulido estilo, perfectos, de frases acabadas, reveladoras de las cualidades de sus autores, caudillos de un movimiento espiritual, que aunque regional, lucha porque el poderío en la naturaleza sea el de la belleza, que es decir el del espíritu, se habrá dicho complacido, reformando el último verso de su inmortal *Violeta*:

«No está callada el arpa del Amor.»

.

Siento que el corto espacio de que dispongo, no me permita hacerte, bondadoso lector, una reseña de la inolvidable velada: mas si quieres conocer aquellos caudillos de que anteriormente te hablo, si deseas gustar aquellos trabajos con que bordaron el estandarte enarbolado contra el materialismo imperante..... vuelve la hoja y lee..... Lee..... que el asunto lo merece.

LUIS LÓPEZ REGUERA.

Villafranca del Bierzo, Septiembre de 1924.

**PRESENTACIÓN POR EL SEÑOR ALCALDE
D. CARLOS ÁLVAREZ DE TOLEDO**

Señoras, señores:

El cargo de Alcalde, que inmerecidamente ostento, impone muchas veces obligaciones para las que no siempre estamos todos capacitados debidamente; por esa razón, que estimo muy poderosa en la presente ocasión, creo un deber limitarme a dirigir un saludo a las autoridades y demás respetables personas que con su concurso nos honran en el importante acto que celebramos, y cuyo saludo hago extensivo a los demás concurrentes y a todo mi pueblo.

Con verdadera complacencia me cabe el honor de presentaros a los distinguidos oradores que van a tomar parte en esta velada:

El Excmo. Sr. D. Severo Gómez Núñez, General de Artillería, ya sabéis que es nuestro amigo y paisano, cuyos méritos y entusiasmos por este homenaje no me parece sea necesario detenerme a

enumerar; los Sres. Montiel y Goy, no habiendo podido venir como se proponían, han sido designados para darnos a conocer sus trabajos, los afamados actores, Srta. Delgado Caro y Sr. Tovar. Los demás señores, Rector del Colegio de Padres Paúles, D. Antonio Carvajal, D. Manuel Santín y D. Francisco Llano, son ya de todos conocidos, acaso más de lo que yo supiera decirlos de ellos.

Ahora, séame permitido aducir en mi descargo, el símil, de que del mismo modo que no todas las aves de la selva están dotadas del admirable canto del ruiseñor, tampoco a todos los hombres ha concedido Dios las mismas dotes oratorias; por eso, ya que yo carezco de ellas, para no molestar vuestra atención, procede que para la mayor solemnidad del acto, que como filial recuerdo celebramos en honor y memoria de nuestro muy insigne paisano y notable literato villafranquino, Enrique Gil y Carrasco, no sea yo el que diserte, y suplan otros, con su feliz oratoria, mis deficiencias, pues es evidente que no siempre pueden decir los labios lo que siente el corazón.

He dicho.

LA CASA DE ENRIQUE GIL Y CARRASCO

En la villa de Villafranca del Bierzo, plantel, tanto aquélla como éste, de nobles hidalgos, nació el 15 de Julio de 1815, Enrique Gil y Carrasco. La casa (1) en que nació el ilustre vate berciano es la señalada con el número 15 en la antigua y señorial, conocida vulgarmente por calle del Agua, cuyo verdadero nombre era Topete, y hoy calle de Ribadeo.

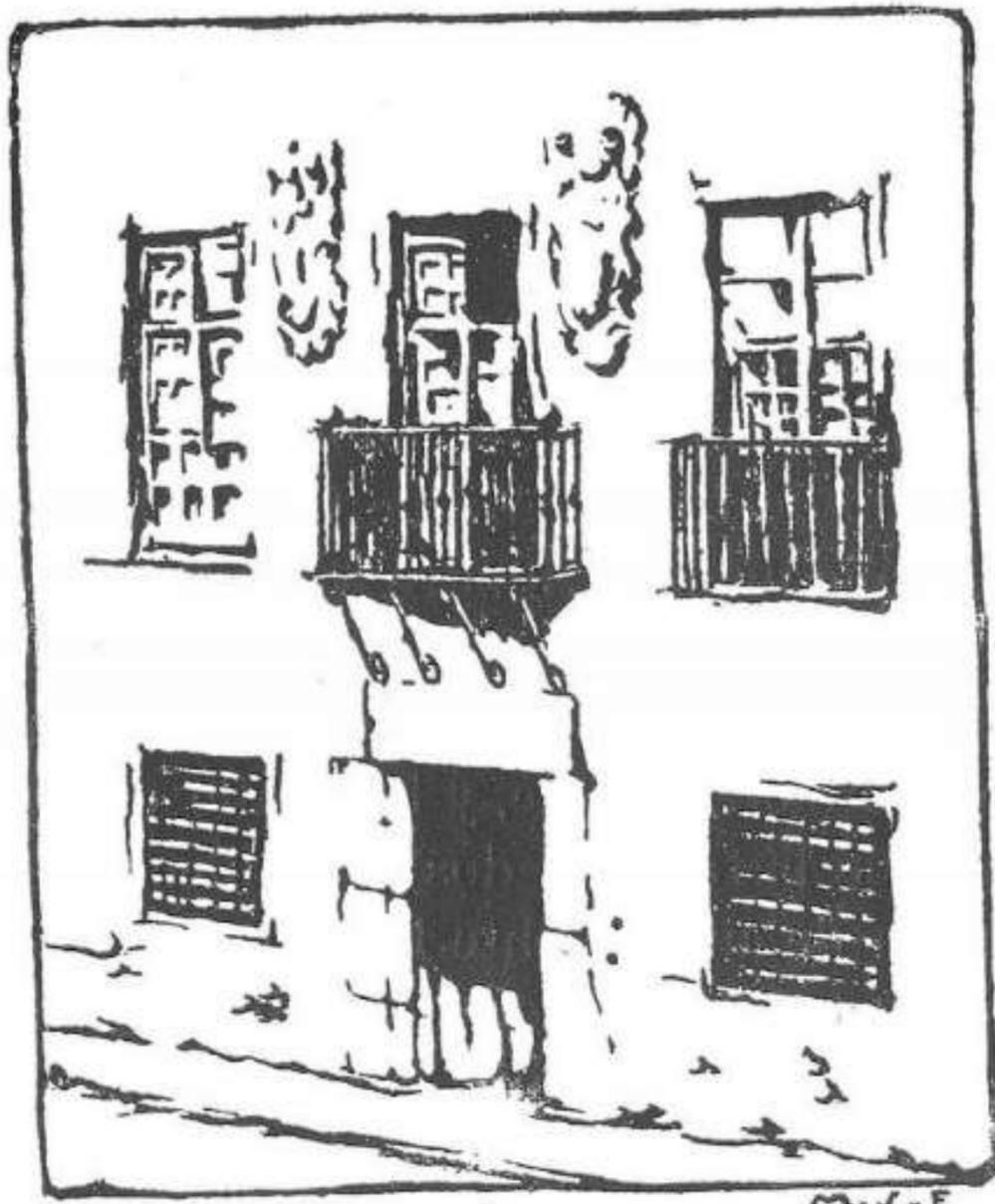
Ostenta en la fachada dos magníficos escudos, a ambos lados de un saliente balcón. Es, pues, esta casa, cuyas estancias vieron el nacimiento, y correr los primeros años de la vida, del que más tarde había de ser preclaro cantor de aquella tierra, de la que estaba enamorado, un pregón vibrante de la nobleza de la villa berciana.

A juzgar por el estado en que se halla, no debe, al menos por el exterior, haber sufrido modificación alguna desde que fué construída, hasta el punto

(1) Según datos proporcionados por D. Antonio Carvajal y Alvarez de Toledo.

que —según el Sr. Carvajal y Alvarez de Toledo—
«con seguridad si Enrique Gil volviera al mundo,
reconocería perfectamente la casa donde nació».

En esta casa vivieron desde su matrimonio hasta
que trasladaron su residencia a Ponferrada, los pa-



CASA DONDE NACIÓ ENRIQUE GIL Y CARRASCO

dres de Gil y Carrasco, D. Juan Gil y D.^a Manuela Carrasco.

Nada ha hecho hasta la fecha el Ayuntamiento de Villafranca, por la conservación de esta casa, reliquia de la nobleza de aquella tierra, y joya

venerable, por ser en la que vió la luz el excelso poeta de las flores.

Hasta hace bien poco, la mayor parte de los villafranquinos ignoraban que fuese ésta la casa en que nació Enrique Gil y Carrasco, honra de aquella villa.

El Ayuntamiento de Villafranca, pues, es el que debe sumarse al homenaje a Gil y Carrasco, colocando por su cuenta una lápida en la fachada de esta casa, que conmemore el nacimiento del poeta, para que siendo conocida por todos, pueda ser de todos reverenciada.

JUAN DE ALVEAR.

DISCURSO
DEL EXCMO. SR. D. SEVERO GÓMEZ NÚÑEZ
GENERAL DE ARTILLERÍA

Señoras y señores:

En esta Villafranca, donde abundan los recuerdos históricos gloriosos, meció su cuna el gran escritor, el inspirado poeta, que motiva este homenaje.

Fué su niñez, dulce símbolo de amor y de virtud, gran medio para que pudiera fructificar su alma hermosa, porque no era el hogar de sus padres centro de abundancia, sino más bien círculo estrecho donde la vida se deslizaba con trabajo.

Y así pasaron los primeros años del ilustre villafranquino Enrique Gil y Carrasco, filtrándose en su juvenil entendimiento, la luz esplendente de este valle berciano, que esculpió en su espíritu emociones intensas, de floridos paisajes, en los que a las bellezas de la naturaleza se unían los recuerdos

de nobles proezas, reminiscencias de un pasado, que tuvo por teatro el *Bergidun Flavium*, donde cada río, cada monte, las ruinas de los castillos y de los monasterios, las vías militares de prehistórica fama, atestiguan que por aquí pasó una civilización magnífica, igual abundante en episodios bellos, en lances guerreros y en tiernas aventuras, como en vigorosas empresas industriales, que aún no han podido ser igualadas por los modernos ingenieros.

En Ponferrada, donde Enrique Gil estudió, debió germinar en su corazón, a la sombra de las ruinas de la que fué colosal residencia de los *Caballeros Templarios*, el concepto exacto de aquella época marcial, plagada de hechos extraordinarios, en los que por igual brindaban ejemplo, el heroísmo y el amor. Continuó su enseñanza en Vega de Espinareda; la extendió en Astorga y Valladolid, con las obligadas pausas producidas por la escasez de recursos, y pudo al fin ostentar el título de licenciado en Derecho; pero su temperamento le hizo buscar en Madrid amplio campo donde remontar el vuelo. Y allí, en ruda lucha, llegó a ocupar lugar preeminente entre los grandes escritores y poetas, adquiriendo renombre y prestigio tan importante, que fué designado para ir a Alemania con misión diplomática del Gobierno. También allá destacó pronto su valer y mereció distinciones de sabios y de reyes, pero nada le hizo olvidar nunca al país querido, al *Bierzo* de sus ensueños, que en todas sus obras literarias, en sus versos, en sus viajes, grababa con caracteres de

santo patriotismo, inseparable de su pluma, cual compañero de tristezas y alegrías.

Pensar ahora en las horas, muchas y largas, de fatigosa faena que Enrique Gil y Carrasco tuvo que soportar hasta llegar a vencer en el áspero sendero de la gloria, es materia que asusta y asombra.

Llegó al fin anhelado y sucumbió al poco tiempo, rendida la rápida existencia ante la enormidad del esfuerzo.

En Berlín reposan sus cenizas, en solitario y abandonado sepulcro, que yo visité hace más de veinte años.

Tal es la síntesis de la vida de este varón berciano, que con anotaciones de fechas y de méritos, os darán a conocer esta noche, otros admiradores del preclaro paisano nuestro.

Por mi parte, quiero concretar algunos detalles, de lo que podemos hacer para honrar su memoria.

Al calor de algunas indicaciones que vertí en folletos, artículos y conferencias, surgió la idea de repatriar los restos de Enrique Gil. Fué acogida con entusiasmo por el distinguido escritor, natural de Bembibre, Alberto L. Carvajal, secundado por los sabios sacerdotes D. Marcelo Macías y D. José María Goy, a los que debemos eterna gratitud, concibiéndose el proyecto de erigir en el Bierzo un monumento donde conservarlos. Averiguóse que aquella sepultura, cantada por el poeta ilustre D. Eulogio Florentino Sanz, había sido alterada y cundió la duda de si podíamos llegar a recoger los despojos



del incomparable vate berciano. Aprovechando un viaje a París, hablé de ello a nuestro *paisano* don José Quiñones de León, Embajador en Francia, y me prometió su concurso personal y *oficial*, asociándose a la tentativa. Al efecto le escribí dándole los datos conocidos.

Resultado de sus gestiones es la carta que voy a leer:

EMBAJADA DE ESPAÑA
EN PARÍS

«París, 11 Junio 1924.

Excmo. Sr. D. Severo Gómez Núñez,
General.

Mi querido amigo: Tan pronto recibí su carta, me dirigí a nuestro embajador en Berlín, Sr. Soler y Guardiola, en términos del mayor interés, exponiéndole el gran deseo de los leoneses, al cual me unía sinceramente, de ver si era posible encontrar los restos mortales del poeta Enrique Gil Carrasco, proporcionándole a este fin, todos los datos que usted me enviaba.

Recibo carta del Sr. Soler en la cual me dice lo siguiente, que me apresuro a comunicar a usted:

«De las averiguaciones que he hecho sobre el particular, resulta: que la tumba de Gil Carrasco, fallecido en 1846, se halla en el Cementerio de Santa Eduwigis, calle Lieseustrasse 8, sección IV, hilera 35, número 18.»

» Como por los años transcurridos había incurrido la tumba en prescripción, fué abierta, siendo inhumado encima otro cadáver, que es la sepultura actual de Pedro Reichemperger.»

Y añade el Sr. Soler: «Por lo que antecede puede ver que la única dificultad que a mi parecer existe, para verificar el traslado de los restos de Gil Carrasco, es sino están confundidos con los del posteriormente inhumado. De todos modos espero tus instrucciones sobre el particular, para de acuerdo con la decisión que tomes, hacer yo aquí las diligencias que fuesen oportunas.»

Lo mismo le digo yo a usted, mi querido general y amigo; estudien ustedes el asunto por si creen debe intentarse dar con los verdaderos restos del poeta, pues el problema no está de clara solución.

Le saluda afectuosamente su buen amigo y
s. s., q. e. s. m.,

QUIÑONES DE LEÓN.»

*
* * *

Después de esa fecha, no he intentado ninguna gestión; mas no por ello he desistido del proyecto.

En mi concepto, es independiente que encontremos o no los restos, de la creación del monumento que conmemore a Enrique Gil Carrasco, pero si pueden hallarse los restos, sería caso de justicia y honor traerlos y depositarlos en el monumento, y no debemos omitir sacrificios para lograrlo.

El asunto es sencillo, siempre que contemos con algunos recursos para cubrir los gastos que origine la exhumación de los dos cadáveres, que según parece contiene la sepultura. La comprobación de autenticidad, puede revestirse de todas las garantías para que sea indudable. El apoyo de Quiñones de León y de mi compañero el Sr. Soler y Guardiola, facilita ese propósito.

¿Fondos y recursos? He dicho muchas veces, que si formamos una Junta para recolectarlos en España y en América, no habrán de faltarnos. Y esa Junta puede quedar formada esta noche y empezar a funcionar mañana mismo, hasta el término de un año; al final de ese plazo, debemos reunirnos otra vez en este sitio para dar cima a nuestra obra.

Señoras: Una mujer villafranquina dió a la *Patria*, y singularmente al *Bierzo*, uno de los más indelebles talentos que el siglo pasado atesoró.

Están en boga los homenajes en vida, rendidos a hombres que se consideran ilustres, y esos homenajes, suelen inspirarse en la adulación al personaje que puede hacer favores o repartir mercedes.

Aquí no se trata de eso. La fama del insigne Enrique Gil Carrasco, resplandece un siglo después de muerto. ¿Sabéis por qué? Porque Enrique Gil Carrasco vivía en nuestros pechos, y resucita al dulce abrazo de las madres bercianas.

LAS NOVELAS
Y LA NOVELA DE D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO
"EL SEÑOR DE BEMBIBRE"

Señoras y señores:

Tratándose del mejor novelista histórico del siglo XIX, ningún argumento me ha parecido mejor para ensalzar su memoria, que el hacer un estudio de su novela *El Señor de Bembibre*; no como en un principio la concebí, por lo reducido del tiempo concedido por la Comisión que este acto preside, pero quisiera fuese lo suficiente para que se estime en Gil y Carrasco lo que fué su talento creador, cotejando la novela que es objeto de este estudio con las reglas supremas del arte bello.

Es la novela junto con la poesía el dulce encanto con que el hombre atraviesa ordinariamente el espacio que media entre los límites de la niñez y los de la edad madura. En esa época decisiva de la vida del hombre, parece ser que se ve sofocado por su propia savia, embriagado, y casi podría decirse

atormentado por el desbordamiento de su vida, por el revuelto oleaje de sus ímpetus arrebatados; por eso el joven necesita volar, y volar a regiones imaginarias; y allí le encontraréis jadeante, levantando los brazos suplicantes, y dirigiendo miradas inquietantes a la imaginación de sus veinte abriles, que en forma de musas, de ángeles, de poemas, de idilios, de versos armoniosos, revolotean sobre su cabeza. ¡Ah! y hasta el anciano que al bajar la eminencia de la montaña se atreve a dar una última mirada hacia los alegres paisajes que van a desaparecer en el horizonte, exclama también, rejuveneciéndose por un momento en su imaginación: «¡También yo he soñado! ¡También la ilusión ha oreado algún tiempo mis pensamientos!» Por eso no es extraño se diga que la novela es el género literario que más influye en las costumbres y en las sociedades; podría decirse que la novela es como la cinta de seda con que un domador conduce tras sí suave y blandamente al corpulento y forzado elefante.

Pero es necesario que la novela tenga ciertas condiciones, para que ejerza este atractivo, esa sugestión atrayente. Se reducen a las siguientes, que las encontramos eminentemente en la obra maestra de Gil y Carrasco:

La palabra correcta; el idilio encantador; el argumento interesante, y las descripciones exactas.

La palabra correcta.—La palabra debe servir para expresar las ideas o sentimientos con sus gra-

daciones y matices, y toda palabra que no desempeñe algún servicio positivo, debe desecharse por inútil; cualquiera que sea su brillo y armonía, es una palabra ociosa que debe ser eliminada; la prosa debe tener su número, como la poesía tiene su medida, número que es necesario encontrar sin esfuerzo, sin afectación ni monotonía, sin redundancia ni postizos. ¡Con qué naturalidad brota serena de la pluma de Gil y Carrasco! Vedlo:

«Estaba poniéndose el sol detrás de los montes que parten términos entre el Bierzo y Galicia, y los revestía de una especie de aureola luminosa que contrastaba peregrinamente con sus puntos oscuros. Algunas nubes de formas caprichosas y mudables, sembradas acá y acullá por un cielo hermoso y purísimo, se teñían de diversos colores, según las herían los rayos del sol. En los sotos y huertos de la casa estaban floridos todos los rosales, y el viento que los movía dulcemente, venía como embriagado de perfumes.»

¡Qué exactitud! ¡Qué claridad en las palabras! Busca la palabra castiza, de abolengo español, que le conviene, para expresar su pensamiento; ésta es la gran dificultad de la prosa; y la destreza en vencerla es la que constituye la gloria de los grandes maestros.

El idilio.—Será manía, pero es manía que ha contagiado a casi todos los novelistas; raro es el que no ha pagado tributo a esa visión fantástica que

hale presentado alguno de sus tipos disfrazado de zagala en la soledad de un bosque, ora triscando alegre sobre la verde hierba, ora sentada a la margen de cristalino arroyuelo, vestida de blanco, suelto el cabello, coronada de flores silvestres su linda cabeza, y entornando de vez en cuando sus ojos azules hacia el punto donde le indica su corazón; y frecuentemente, señores, se cae en uno de estos dos extremos: o en la inverosimilitud o en las descripciones fastidiosas; si en lo primero, el escritor, como Don Quijote en la venta, enamorado del idilio, no sólo pierde el uso de las facultades de su alma, sino hasta las sensaciones de los sentidos de su cuerpo; toma con la más cómica gravedad las fregonas por princesas, sin que la vista, ni el oído, ni el olfato, sean parte a sacarle de su invencible error. Admirablemente sortea Gil y Carrasco estos escollos; también tiene su idilio, pero un idilio tal vez único en los decires novelescos; un idilio en que al declararse el amor profundo que se anida en el pecho de los dos protagonistas de su novela, lo hacen de un modo insuperable y en medio de las torturas que atenazan a ambos corazones, haciendo que resalte de este modo el amor que se profesan con el marco del dolor que los circunda.

«Señora —dice D. Alvaro—, vos no sabéis todavía hasta donde ha llegado el amor que os he tenido. Yo no había conocido familia, ni más padre que mi buen tío, y vos lo erais todo para mí en la tierra, y en vos se posaban todas mis esperanzas a la manera

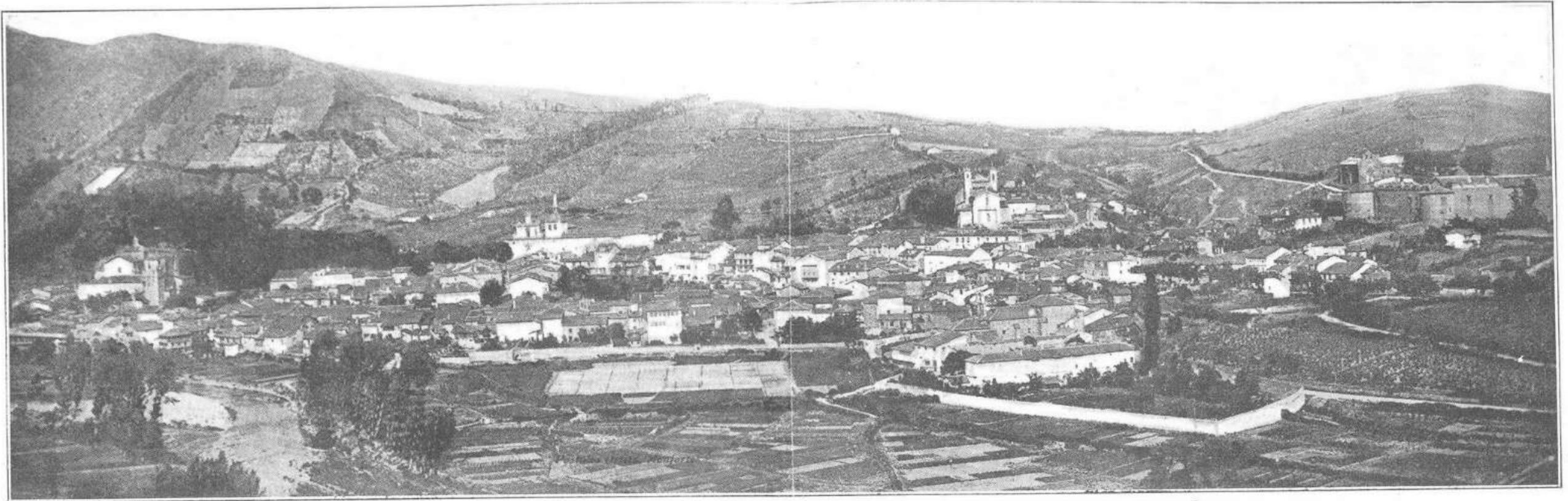
que las águilas cansadas de volar se posan en las torres de los templos. ¡Ah! templo y muy santo era para mí vuestra alma, y cuando la dicha me abrió sus puertas, procuré despojarme antes de entrar en él de todas las fragilidades y pobreza humanas..... mis pensamientos se purificaban con vuestra memoria: en todas partes veía vuestra imagen como un reflejo de la de Dios, y procuraba ennoblecerme a mis propios ojos para realzarme ante los vuestros, y os adoraba, en fin, como pudiera haber adorado un ángel caído que pensase subir otra vez al cielo por la escala mística del amor.»

Así es como Gil y Carrasco busca en el choque de las pasiones e intereses, en la diversidad de caracteres, en el contraste que le ofrece la generosidad, la hidalguía de D. Alvaro y la maldad del de Lemus, el campo propio, fecundo e inagotable de esos diálogos de amor que tanto nos encantan y entretienen, y es que tenía Gil y Carrasco presente aquella regla suprema del arte bello: el primer interés del novelista, es respetarse a sí mismo y hacer que se respeten sus personajes, guardando las reglas de la moral más estricta.

El interés del argumento.—En donde falta el interés habrá una historia más o menos verídica, pero no habrá novela. El interés está en la elección de los personajes y en los obstáculos que se les oponen en la realización de sus planes e intentos. En efecto, tómese cualquiera de las novelas que gozan de fama

universal, y no ya éstas, sino hasta los cuentos que entretienen a los niños, y siempre se verá esto, uno o varios personajes que el autor ha tenido la maña, el arte de hacerlos simpáticos, atribuyéndoles cualidades propias para despertar el interés, y algunos obstáculos atravesados en el camino de sus deseos, y por eso en donde no hay lucha, falta el interés de la novela.

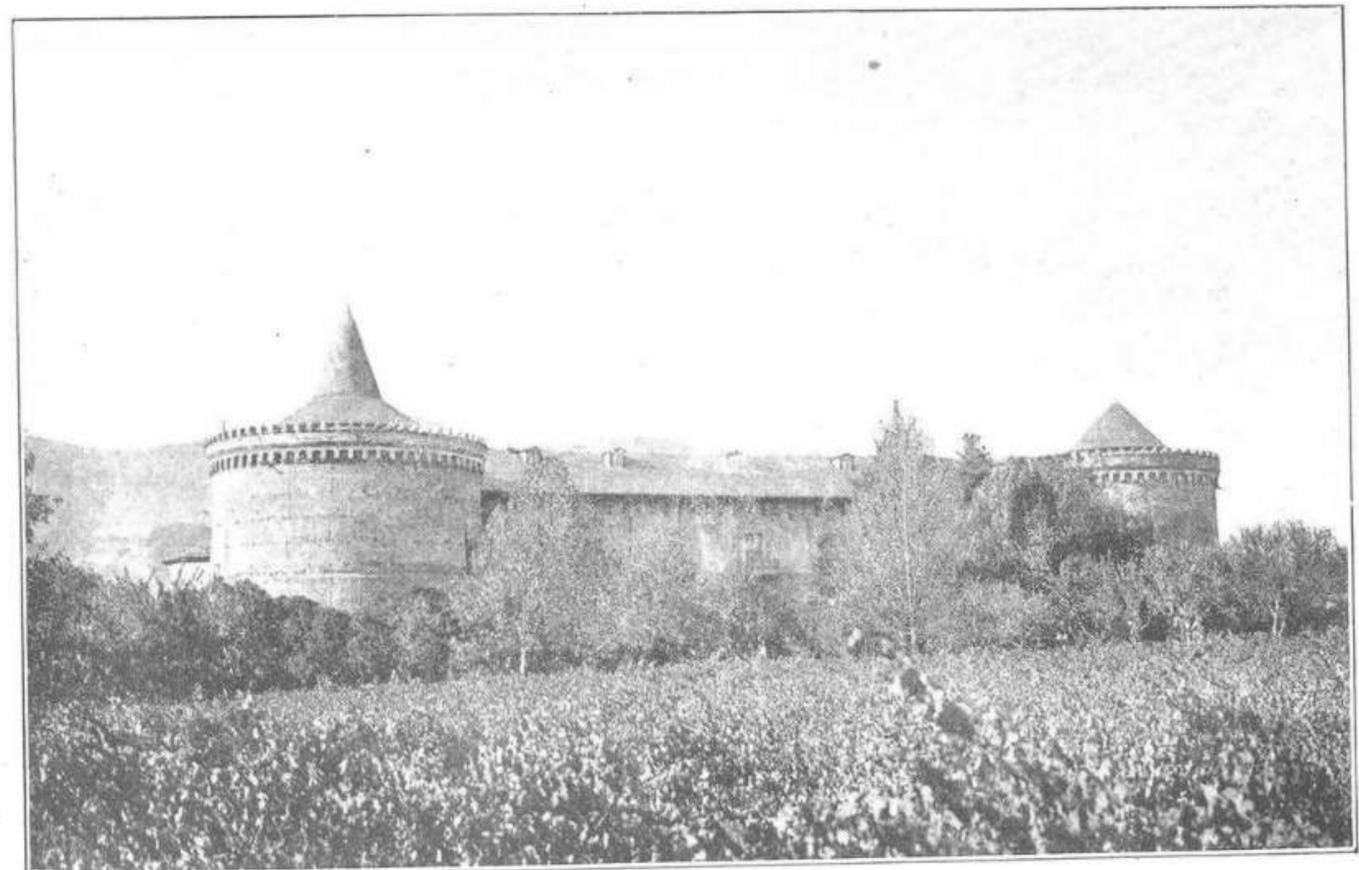
El Señor de Bembibre es de aquellas en que están perfectamente escogidos los personajes, se nos hacen simpáticos y llegamos a quererlos cual si fuesen de nuestra familia: allí se nos muestra la nobleza, la generosidad del caballero sin tacha, D. Alvaro, que abriga en su corazón un amor sin medida a su querida Beatriz, pero no es el amor pagano al modo virgiliano, ni siquiera por el patrón de nuestro incomparable Arcipreste de Hita, sino el amor cristiano que respeta a su amada con la veneración de lo intangible; allí se nos presenta la simpática Beatriz a quien parece va a sonreír la felicidad con el logro de sus deseos, y la vemos languidecer lentamente a orillas del lago de Carucedo, cual tierno capullo a quien ha desecado la carcoma de dolor; allí está perfectamente descrito el carácter de Saldaña, el Comendador de Cornatell, austero e inflexible ante el honor de su Orden, puesta en entredicho por la malevolencia de un Rey. Aquel Comendador que «en su frente levantada y espaciosa se pintaban como en fiel espejo pensamientos semejantes a las nubes tormentosas que coronan las montañas, que



VISTA GENERAL DE VILAFRANCA DEL BIERZO



VISTA PARCIAL DE VILAFRANCA



CASTILLO DE LA CONDESA DE PEÑA RAMIRO

unas veces se disipan azotadas por el viento, y otras descargan sobre la atemorizada llanura; allí la fiel, a la par que un tanto picaruela Martina, que con Miillán comparte la servidumbre a los dos protagonistas; allí, finalmente, dibuja el autor hoy homenajado, la venerable figura del Maestro D. Rodrigo», que empezaba a encorvarse bajo el peso de los años y al Abad de Carracedo, santo, pero astuto y vigilante prelado, que no se le pasaban desapercibidos los más insignificantes detalles de toda la trama que se urdía, lo mismo en el palacio de los señores de Arganza, que en el claustro de Villanueva. Veamos, por fin:

Las descripciones. — No son éstas lo esencial de la novela, pero son el marco del cuadro. Sería preciso leer la mayor parte de la novela *El Señor de Bembibre*, si tratase de hacer ver las descripciones bellísimas con que nos pinta los paisajes por nosotros conocidos, y sembrados por este encantador valle del *Bergidum Flavium* de los romanos, para evitar la monotonía del relato histórico de su novela; pero leed, si os place, las descripciones que inserta en su libro al describir el castillo de Cornatel, la fuga de Beatriz de Villabuena y su preparación por Martina y D. Alvaro; leed, sobre todo, aquellas delicadas en que las flores y los pajarillos parecen aletear en derredor del poeta, y quedaréis dulcemente convencidos del valer artístico de nuestro autor-poeta.

No puedo proseguir por no abusar de vuestra paciencia, salvaguardada por la junta organizadora de este homenaje, y termino haciendo votos porque el Sr. Gil y Carrasco tenga muchos imitadores en su pueblo y de su laboriosidad y de sus triunfos.

He dicho.

UNA PÁGINA DE "EL SEÑOR DE BEMBIBRE"

(CORNATEL)

Como nido de aguiluchos enclavado entre las rocas, cual la sombra de un templario sobre lomos de un corcel, coronando los peñascos de la atlética montaña, se destaca la osamenta del soberbio Cornatel.

De ese trágico reducto, que la pluma de Carrasco con la hiedra exuberante de su prosa engalanó, y que finge allá, a lo lejos, con su torre desmochada, la silueta de un guerrero, cuyo casco se rompió.

Una tarde septembrina, con la mente en otros siglos y anhelante de impresiones ascendí hasta su mansión, y al conjuro de recuerdos de pretéritas grandezas en mi pecho se agitaba con más fuego el corazón.

Y en mi loca fantasía vi arrojarse como tigres contra el cerco del castillo, que se alzaba retador, a las huestes cabreirasas, y del valle de Galicia y sereno en los adarves también vi al Comendador.

Yo escuché de la campana los tañidos de a rebato, y al valiente Cosme Andrade como un gamo vi trepar, y guardando los portones los soldados vi del Temple por los rotos matacanes fuego y flechas arrojar.

A los bordes del «Medúleum» y del lago Carucedo las hogueras aun lanzaban su siniestro resplandor, y la enseña de los Castros daba aliento a las mesnadas de Cabrera y de Monforte reanimando su valor.

Resonaba en mis oídos el bufar de los caballos, el crujir de sus herrajes contra piedras al chocar, y sentado en las almenas, que dan guardia a Villavieja, el caudal de Río-Ferreiros belicosos vi vadear.

Y Don Alvaro iba al frente de los nobles caballeros, que dejaron las alturas, semejantes a un alud, ostentando majestuosos su fantástica librea: en los hombros niveo manto y en el pecho roja cruz.

Y en el muro saledizo, que se tiende hacia el barranco como zarpa levantada de un león que va a luchar, arrastrado por el suelo vi el airón de una cimera y a Saldaña y al de Lemus corajudos pelear.

Y tras corta lucha fiera por los aires vi un guerrero como presa, que allá arriba suelta el águila caudal, y era el conde traicionero, que al abismo era lanzado por el brazo vigoroso de su enérgico rival.

En presencia de los bloques de ese fuerte inexpugnable, que los vientos con sus alas acarician al pasar, en el alma del artista van surgiendo las hazañas de una raza más altiva, que la fe supo inflamar.

Y cual Venus de las olas, como cinta de colores, en desfile interminable, mayestático, triunfal, va pasando esta Tebaida con sus santos ermitaños, y de todas las bellezas el riquísimo sartal.

Van pasando sus mujeres, que son flores hechas carne
y amasadas con espumas por la mano del Señor,
que son reinas con pañuelo y son reinas con mantilla,
que derraman sus perfumes en los campos del amor.

Madres santas de fecundos e inspirados escritores,
que subliman con Carrasco nuestro Bierzo sin igual
e iluminan sonrientes con la luz de sus ternuras
de estas mágicas florestas el tapiz primaveral.

Ese libro berroqueño, que escribieron las espadas
de los monjes militares, cuyos triunfos Gil cantó,
es girón de un manto regio, es la pluma de un penacho,
es un rayo de la gloria que a esta tierra enalteció.

Han cegado los escombros su profundo y ancho foso,
en sus grietas fiero el ábrego se retuerce silbador,
y en el ángulo que forman las aristas de sus lienzos
por los muertos olvidados suena un himno de dolor.

Fué palacio y fortaleza y hoy sepulcro y relicario,
que la luna va bañando con la plata de su luz,
y que en noches misteriosas es cual lámpara que vela
el cadáver de un gigante reposando en su ataúd.

¡Qué soberbio mausoleo, si cubierto de laureles
encerrara en sus entrañas al «berciano ruiseñor»!
¡Quién pudiera con sus piedras, que matiza la leyenda,
un sarcófago glorioso levantar a su cantor!

¡Qué silencio tan augusto y elocuente el de sus ruinas,
de un coloso ya sin fuerzas el postrer gesto viril!
¡Cómo apaga sus rumores y musita quedamente
a la vista de sus restos un responso el áureo Sil!

.....

¡Cornatel! Ante tu mole, que parece una amenaza,
recatada entre las nieblas de mi Bierzo encantador,
va mi espíritu añorando la grandeza de otros tiempos
y quisiera ser templario de la cruz y del honor.

MONTIEL.

Bembibre, Septiembre, 1924.

EN HONOR DEL EMINENTE POETA BERCIANO ENRIQUE GIL Y CARRASCO

(Composición escrita, expresamente, para la velada organizada por la Comisión del homenaje que hoy se tributa al insigne poeta)

Allá en mi edad infantil
(en tiempos, ya muy lejanos),
vino a parar a mis manos
un libro de Enrique Gil.

Un libro de poesías,
de hermosas composiciones
que, cual libro de oraciones,
leía todos los días.

¡Qué sublime inspiración
la de este ilustre poeta,
en su canto a *La violeta*,
tan digno de admiración!

¡Qué elevación y qué brío!
¡qué elegancia y galanura!
¡qué sentimiento y ternura
en *La gota de rocío!*

Suspenso el ánimo queda,
y en honda melancolía,
leyendo aquella elegía:
A la muerte de Espronceda.

¡Oh, que dolor tan profundo
nuestro vate demostró,
cuando al sepulcro bajó
el autor de *El Diablo Mundo*.

.....

Gil llegó a tan alta esfera,
que honra este vate eminente,
no a esta región, solamente,
y a León, ¡a España entera!

Cuando sus versos leí
y admiré su fantasía,
tal entusiasmo hubo en mí,
que, desde entonces, sentí
mi amor a la poesía.

—

Fué Enrique Gil ingenio peregrino
de inmarcesible gloria;
y, al honrar este pueblo la memoria
del famoso escritor villafranquino,
del que yo soy admirador ferviente,
acuden a mi mente
indelebles recuerdos de mi infancia;
¡recuerdos venturosos y queridos
que, a los versos de Gil, van siempre unidos,
cual va unida a las flores la fragancia!

Sus inspiradas rimas y canciones,
reflejo fiel de un alma dolorida,
que, por siempre, perdió sus ilusiones,
allá en su edad florida,
de una divina luz, mi alma inundaron,
infundieron en mí dicha completa,
y, tanto me inspiraron,
¡que, desde entonces, me sentí poeta!

¡Qué extraño es, pues, que en día memorable,
aquí mi lira vibre
en honor del autor, incomparable,
de *El Señor de Bembibre!*

Mas, es mi inspiración pobre y menguada,
y es inútil mi esfuerzo
para hacer que mi lira, ya cansada,
suene, armoniosa, aquí en esta velada
que hoy dedicamos al cantor del Bierzo.

Al cantor de las flores,
que describió, con estro soberano
y con vivos y mágicos colores,
las mil bellezas de este edén berciano.

Al que, del Arte, se elevó a las cimas,
reflejando el dolor en sus cantares,
y al que toda la hiel de sus pesares
vertió en acerbos y sonoras rimas.

Su inspiración sublime yo quisiera,
en acto tan solemne y tan hermoso,
para que, el canto mío, digno fuera
de este vate famoso,
¡gloria de España entera!

Yo quisiera dar arte y colorido;
dar ese fuego, que del cielo viene,
a estos versos; mas, no lo he conseguido,
por la sola razón de que, es sabido,
que nadie puede dar lo que no tiene.

A falta, pues, de excelsa poesía,
de mágica belleza y dulce encanto,
ahí va mi humilde canto
que, espontáneo, brotó del alma mía :

Cantor incomparable de este berciano suelo,
vate insigne y glorioso del Bierzo encantador:
de tu sublime numen yo admiro el alto vuelo;
pues, viendo estrecho el mundo, te remontaste al cielo
donde tu nombre brilla, con vivo resplandor.

Fervientemente admiro tus bellas producciones,
que, espléndidas, brotaron de tu ingenio feliz.
Tú diste eterna vida a preclaros varones,
y tú hiciste inmortales tus altas creaciones.....
¡por ti, vivirán siempre *Don Alvaro y Beatriz!*

Nadie, cual tú, ha cantado la singular belleza
que encierra la campiña de este hermoso vergel;
el misterioso encanto e histórica grandeza
que tiene, en Ponferrada, su antigua *Fortaleza*,
y los ruinosos muros del viejo *Cornatel*.

Más de una noche clara, tranquila y silenciosa,
te he visto, en mi delirio, salir de tu ataúd,
y libre de tu cuerpo, que allá, en Berlín, reposa,
en mi mente extasiada, vi tu sombra gloriosa
y oí tus dulces cantos, al son de tu laúd.

Tú, para mí, no has muerto: verte, se me figura,
vagando entre las flores de este ameno pensil;
y cuando, de tus versos, me entrego a la lectura,
me digo: — ¡No es posible que, triste sepultura,
tu sér haya anulado, oh, vate Enrique Gil!

ANTONIO CARVAJAL A. DE TOLEDO.

Villafranca, 17 de Septiembre de 1924.

DISCURSO DEL PRESBITERO
DON MANUEL SANTÍN GONZÁLEZ

Señoras, señores:

Siendo estudiante, estudiante siempre y mal estudiante de los libros y de la vida, os diré con Benavente, no he de entretener vuestra atención por mucho tiempo con estas cuartillas que todo pueden ser menos lecciones..... Pero el galante ruego de amigos para esta fiesta del espíritu y el inmenso amor a las cosas todas de este bendito pueblo, en el que para dicha mía he nacido, me han obligado a sentarme aquí, en donde el arte y la elocuencia, convenientemente aunados, tienen alarifes geniales con vigoroso relieve, encarnación de puros ideales estéticos.

Una vez puesto en el trance de entreteneros breves momentos, pido benevolencia y dispensad, señores, que sea mi pluma la que someta al estoicismo de estos rasguños o divagaciones el nombre glorioso del poeta villafranquino Enrique Gil y Carrasco.

En dos fases dividen los autores el romanticismo literario habido en el siglo XIX. Una, dicen, era estrepitosa, altisonante, rítmica y declamatoria — Zorrilla su tipo representativo — y la otra, silenciosa, hondamente sentimental y delicada, de eterno eco melancólico, cultivada por Gil y Carrasco y que años más tarde había de formular Bécquer líricamente en sus *Rimas*. Pero una y otra se nutrían de la lucha estrepitosa, de la vida ajetreada y de su propia resonancia. La inmensa hueste de literatos que profesaba el nuevo *credo* estético, rechazaba a los ineptos y admitía a sus cenáculos — como anota Carrere — a los ingenios de la época. Los nombres gloriosos de Espronceda, Miguel de los Santos, Ríos y Rosas, Ferrer del Río y tantos otros que constituían legión, abrieron de par en par sus brazos para recibir en la «peña» o Parnasillo *El Liceo* a un poeta novel, como hombre todo contrariedad y como bardo todo resplandor, que tímido provinciano, inexperto en el arte y con traba económica, vencido ya en la lucha por la vida, se erguía, no obstante, como altísimo poeta, publicando en *El Español* del 17 de Diciembre de 1837 unos bellísimos versos rotulados *La gota de rocío*. Era un leonés, era un berciano, era un villafranquino, era Enrique Gil, que desde entonces, al igual que sus contertulios, aunque sin los delirios del autor de *El mendigo* y sin el escepticismo del autor de *El duende satírico*, que se mata por un amor romántico, cultiva con celo su silueta, tiene su rostro palideces de sufrimiento,

huye del sol y persigue el insomnio. Ya tenía Gil desde aquel día conquistado puesto preferente en la república de las letras; ya quedaba desde entonces consagrado contertulio de poetas y bohemios en el hidalgo solar *El Liceo*, sobre cuyas mesas escribió Larra su *Doncel de Don Enrique el Doliente*; Martínez de la Rosa, su *Doña Isabel de Solís*; Villaoslada, su *Doña Blanca de Navarra*; Selgas, sus *Hojas sueltas*; Zorrilla, su *Don Juan Tenorio*; Campoamor, sus *Pequeños poemas*, y Enrique Gil, su *Señor de Bemibre*, novela cumbre a quien la gloriosa autora de *Los Pazos de Ulloa* no tiene inconveniente en atribuir la primacía sobre todas las novelas histórico-románticas de la época. Yo bendigo siempre aquel lugar dichoso que consagró al leonés y villafranquino ilustre Gil y Carrasco, *El Liceo*, lo mismo que maldigo hogaño las «peñas» o conciliábulos, donde en vez de bellísimos cantos y capítulos culminantes de belleza indefinible, sólo se oyen las bajezas humanas y ruindades todas del hombre, sin adobarlas siquiera con el barniz del naturalismo zolesco hoy en boga. Lástima que sobreviviendo aquel lugar bendito a nuestro poeta, no pudiese éste componer como agradecido y a su recuerdo una bella y triste oración en «saudade» de aquel lugar muerto ya para el ensueño, lo mismo que Carrere al café *La Luna*, y como Musset, Ferry y Eugenio Sué, a la tertulia del café *Riche*. Allí en el «mirto» o Parnasillo recitó Gil versos de alta entonación a la libertad, cantando a Polonia; allí ensayó la bellísima elegía que luego

había de recitar ante el cadáver de Espronceda en la Sacramental de la Puerta de Atocha; allí redactaba con el dulcísimo Pastor Díaz los artículos y composiciones que habían de ver la luz en casi todos los periódicos y revistas políticos y literarios de su tiempo. Así comenzó Gil su vida literaria, siendo historiador con su *Señor de Bembibre* e innumerables artículos de costumbres leonesas y asturianas, pensador con el estudio biográfico-crítico que hizo de la persona y obras del insigne filósofo español Luis Vives; poeta y Virgilio dulcísimo del edén de nuestros amores, con el sublime lirismo de composiciones inapreciables, de las que son muestra *La violeta*, *El cisne* y *La niebla*.

Señores, amo con tantas ansias y vehemencias lo pretérito, que me ha parecido siempre muy poca la devoción que sentimos por la tradición del arte patrio, y cuando éste se reconcentra en el Bierzo, confieso, que ningún pueblo me causa mayor sensación de ensueño y deleite. Es verdad no hay ciencia sin experiencia, ni patria sin tradición. ¡La tradición! Los modernos parece que la desdeñan y escarnecen y es el mayorazgo espiritual de los pueblos y es la herencia y patrimonio glorioso que debemos acrecentar y aumentar, porque la tradición y el progreso — anota Menéndez y Pelayo — son en el fondo la misma cosa. Y el hombre, semejante al árbol — repite Ricardo León — es más fuerte, más recio y más frondoso, cuanto más profundas tiene sus raíces en el terruño nativo. ¡La tradición! Las

costumbres, usos, supersticiones e historia toda, que debiéramos conservar, aunque nada más fuera para contarla al amor de la lumbre, iluminados por la luz de un farol antañón, son ya dolor. Los modernos los desdeñan y escarnecen. ¿No tienen las iniciativas espirituales de muchos bercianos de buena fe, oposición secreta, y sus deseos de hacer el bien, no caen siempre, o casi siempre en el vacío? ¡Quijotes, llaman en tono despectivo los jacobinos de hoy a los que desean a todo trance acendrar y vigorizar nuestras aspiraciones con el recuerdo de aquel tiempo que sin hipérbole — *fué mejor!* ¡La tradición! Yo conozco bercianos que con olímpico desdén, a trueque de pasar por hombres del día, nos hablan con encomio y amor de la tumba de Faraón y de las ruinas de Troya y desconocen por completo la historia encarnada en los venerandos paredones de Cornatel y Ponferrada.

Yo conozco bercianos para quienes son familiares al parecer Verlaine, Rosseti y Tolstoy, y jamás han leído a Enrique Gil, el dulcísimo ruiseñor del Bierzo, al insigne cantor en nuestra «fabla» nativa Fernández Morales, a los pulcros prosistas señores de Llano, al olvidado Garza y las escasas y valiosas composiciones de otro bardo villafranquino, maestro y amigo querido que me escucha y que lamento no ocupe otro puesto en esta fiesta de espíritu (1). En el medio ambiente en que vivimos, los hombres influen-

(1) D. José Bálgora Suárez.

ciados de la moderna literatura, ponen más cuidado en estudiar si es la *java* o el *fox* o cual el deporte que se lleva en la actualidad, antes que imbuirse en nuestra historia, fisonomía y vida patriarcal.

Señores, yo desconfío siempre de los que por volar más alto dejan sin calor el nido. — Sublimes — dice Benavente — son las alas desplegadas, más sublimes las alas cuando recogidas y amorosas dan calor a la prole que sin ese calor perecería—. He aquí el ambiente causa del continuo malestar. Los artistas de hogaño, dando un mentís a los de antaño, que se restaban el aplauso del momento a trueque de conquistar el ideal lejano, proclaman como únicos temas los lugares comunes. Lo anormal, lo histérico y lo moral y psicológicamente anómalo, es con lo que intentan y consiguen narcotizarnos. Las originalidades en boga son de una mórbida ficción, nuestras novelas de tesis, los poetas duran tres meses y el público que lee y saborea la hojarasca ilustrada y el manjar picante, sujétase él como la literatura al capricho de la moda, como los vestidos de las señoras y Lope, Zorrilla, Quintana, Bécquer y Enrique Gil, no valen lo que vale la «macana» unánimemente aplaudida de un soneto anodino, ultraísta, dadaísta o cubista, que ha poco publicaba la prensa y consagraba el *arte* para grabarlo en bronce.

—Ante estas veleidades del gusto y estos vaivenes de la admiración llega uno a dudar de los propios gustos, de la propia admiración—.

Tengamos como norma axiomática: «Sólo el

talento y el trabajo pueden producir obras buenas, nunca la novedad del método, los dislocamientos y las convulsiones». La poesía no es, como Aristóteles quería, el esplendor de la verdad, no tiene hoy aplicación el aforismo de Horacio: *ut pictura pæsis*, y sí solamente campa por todas las modas literarias la norma de Bacon: «La poesía es el deleite de la mentira», añadiendo a esto «y el arma de la inmoralidad y el descreimiento». Pueblos que soportan y sostienen esta literatura, nos hacen pensar en el amargor de la duda. A los pueblos hay que darles arte, pero arte adornado de lo suyo, de la virtud, «pues letras sin virtud — afirma Cervantes en el *Quijote* — son perlas en el muladar». ¿Moda desaprensiva, caprichosa, tornátil y voluble en el arte? ¿Mercantilismo en la literatura? Escasez de cultura en el pueblo, falta de espíritu y sí entregado exclusivamente a los negocios y deportes.

Señores, volvamos los ojos atrás; percibamos el aroma inextinguible que brota de las mismas piedras de nuestras casas solariegas. Recuerdos, costumbres, historia toda; esa herencia, ese musgo, esas ruinas, sin otra sustentación que las hiedras de sus piedras desmanteladas, nos están diciendo a grito herido: «Enrique Gil, nuestro paisano, nuestro cantor sublime, nuestra hidalguía y nobleza caballeresca, ha muerto, pero *et defuntus adhuc loquitur*. Nos habla después de muerto con la sabia y benéfica claridad de sus enseñanzas, en las páginas de sus obras, que durarán lo que dure el recio temple del



alma berciana, abierta siempre a las expansiones más exquisitas de su hidalguía y lealtad. Nos habla mientras permanezcan nuestras almas levantadas del egoísmo infecundo y sigan los derroteros trazados con su mano maestra, senderos de luz, eternas primaveras de glorias y triunfos, porque en ellos brillan todas las claridades de la fe y todos los resplandores del amor. Nos habla porque nadie como él supo desempolvar las viejas leyendas, tesoro, relicario y depósito lleno de enseñanzas que nos ennoblecen. ¿Quién mejor que Gil cantó a la mujer berciana, personificándola e idealizándola en su dulcísima Beatriz, alma pura,

virgen de los valles,
enamorada y rica en juventud,

de sueños albos de celestiales amores, que parece que siempre lleva dormido en el fondo de su corazón, como la limpidez de las aguas de arroyos silenciosos, el cielo que reflejan? ¿Quién mejor que Gil personificó a la indomable y cristiana raza bergidense, haciéndola efectiva y real, en aquellos caballeros dechados, Señor de Arganza e infortunado D. Alvaro, tipos perfectísimos de padre y caballero? ¿Quién patentizó mejor que Gil la santidad, que es hoy mofa de pigmeos y alabanza de gigantes, haciéndola encarnar en los sabios y atinados consejos del prudente monje, abad de Carracedo?

Gil fué el que dejó consignadas para siempre las

hazañas largas y nobles de aquellos Caballeros Templarios, ricos en virtudes y poderosos e invencibles en valor y honor, y cuyos inexpugnables baluartes, para vergüenza nuestra, están ostentando a la luz del sol la osamenta de sus torreones carcomidos en Ponferrada, Cornatel, Corullón y Vega de Valcarce. Gil vindicó la memoria de los ritos y andanzas de aquella Orden caballeresca, calumniada e injustamente juzgada en el Concilio de Salamanca por el año 1310.

Yo no puedo menos sino bendecirles cuando, leyendo a Gil, les veo salir de la inmensa fortaleza de Ponferrada, acompañados del último templario don Alvaro, con los mantos blancos, símbolo de su inocencia, bajo el peso de la maledicencia y calumnia dirigirse a juicio, silenciosos, y me digo: «Todas las instituciones grandes, todas las noblezas de los hombres tienen detractores que, a juicio de Menéndez y Pelayo, hablando de la «hórrida Inquisición», son el registro gordo de mentecatos e imbeciles».

Señores, Enrique Gil *et defuntus adhuc loquitur*. Nos habla después de muerto por los valles geórgicos de esta tierra bendita, por las villas llameantes de este suelo dichoso, por los caseríos perdidos y aureolados, que tienen como mudos testigos sus pazos almenados, nidos de eterna poesía, en los que debía de vivir siempre Gil en medio de su anacreóntica suavidad. Nos habla... pero a qué seguir. Nos habla en todas las manifestaciones de la vida

tradicional del solar berciano, donde flota su espíritu con caracteres próceres y románticos, con los que está salpicado el Bierzo de nuestros amores y quererres, donde todo es *alegre, fino, sano y sonoro*.

He terminado. ¡Loor eterno a Enrique Gil y Carrasco! Poco vale este homenaje que le tributamos, pero tened siempre presente: el mejor culto que podemos rendir a la memoria del sublime bardo villafranquino, es aprender y divulgar sus nobilísimas lecciones. Ahí están bien elocuentes y copiosas en sus libros inmortales, aulas eternas de poesía y amor; recios y gallardos templos de erudición. Allí vemos a Dios, que es luz y esperanza del creyente; allí la verdad dulcísima, esposa del sabio; allí la belleza, casta afición del artista; allí la Patria, suprema ley del ciudadano. Tened siempre abiertos estos libros delante de los ojos, como evangelios del culto de la Patria. No olvidemos jamás las altas lecciones de Enrique Gil. Mientras su ejemplo de amor viva, y sus obras tengan un altar en nuestro corazón y una noble eficacia en nuestros actos, podemos decir que el artista no ha muerto. Mas si olvidamos sus doctrinas y desdeñamos las enseñanzas de sus libros, entonces sí podremos afirmar con estéril, con irreparable pesadumbre, que con él ha muerto la gloriosa tradición berciana, noble y leal.

«Un pueblo nuevo — apunta Menéndez y Pelayo — puede improvisarlo todo, menos la cultura

intelectual; un pueblo viejo no puede renunciar a la
suya propia, sin caer en una segunda infancia, muy
próxima a la imbecilidad senil ».

¡Llor a Enrique Gil y Carrasco!

He dicho.

MANUEL SANTÍN GONZÁLEZ,

Presbítero.

DISCURSO
DEL SR. D. JOSÉ MARÍA GOY

Amables villafranquinos: gran pesar me produce no estar hoy entre vosotros. Vuestra siempre amena y riente villa, los buenos amigos míos, que en ella moran, y el día dedicado a nuestro rui señor berciano Enrique Gil, son todos y cada uno acicate poderoso a mi deseo insatisfecho. Más venturosas que su autor vayan estas cuartillas mías a llevaros todo mi afecto, y con él mi más caluroso aplauso por la velada que con tanto acierto habéis sabido organizar.

A los bercianos especialmente habrán servido de alegría no pequeña, las andanzas, en que metidos andamos unos cuantos leoneses, que acariciamos la esperanza de dar a Gil y Carrasco los días de gloria que todos le debemos. Quizá en lo cierto estén (sería doloroso) los que de visionarios y soñadores nos tildan; pero seguiremos siéndolo en nuestra empresa y en ella no cejaremos tan fácilmente, si no padecemos el infortunio de ser arrollados por la apatía

leonesa. Con todo, no poco ha de costar arrancarnos al amor de nuestra acariciada idea, y, si a lograrlo se llegara, nos quedaría por lo menos el triste consuelo de no haber perdido del todo, tiempo, puesto que, burla burlando, vamos consiguiendo que el poeta berciano no sea un desconocido para quienes no debe serlo.

Mucho de él quisiera decir yo, pero muy pocas líneas caben en las cuartillas que me conceden, y temo, por otra parte, repetir conceptos que otros expresarán con más galanura y competencia. Huyendo de lo conocido, me fijaré sólo en el bosquejo de un viaje a una provincia del interior.

Esta serie de artículos hechos con una preparación que se puede calificar de erudita, histórica y arqueológicamente, es efecto de las excursiones realizadas por nuestro paisano diferentes veces y en distintas épocas por el hermoso y variadísimo suelo de nuestra provincia. *De visu* conocía Gil y Carrasco las diversas regiones leonesas, alguna de las cuales visitó en varias ocasiones, viviendo en otras varios años y estando en todas muchos días, durante los que estudió con fruto su historia, sus campos y sus costumbres. Esta acabada preparación que pudiéramos llamar *topográfica*, unida a la que llamarse puede *científica*, puso a Gil en inmejorables condiciones para describir una provincia, que había detenidamente recorrido en todas direcciones, y cuyo terreno en su mayor parte vió palmo a palmo.

El plan de este estudio es el geográfico y el

cronológico. Comienza su viaje por el Bierzo, sigue por Astorga, pasa por León y termina en Sahagún. La mayor y mejor parte de estos artículos está dedicada a la comarca berciana, de la que da una idea exactísima, sin que de la memoria se le vaya detalle, monumento, ni paisaje importante, por muy escondido que él se encuentre, ni por difícil que a él sea el acceso.

Describe pues Gil en esta obra con gran dominio del asunto, y nunca habla sino de lo que ha visto *suis oculis*, pero a este mismo conocimiento y a su exquisita preparación, se sobrepone el sentimiento poético y artístico de nuestro paisano, y su gran compenetración con la Naturaleza. A este debe el gran villafranquino haber evitado el obstáculo en que suelen tropezar los que tales estudios publican.

Quizá a mis oyentes acontezca lo que a mí. Cada vez que en mis manos cae una obra en la que se pretende estudiar la topografía, historia, indumentaria, arqueología, etc., de una región, me echo a temblar, pues, salvo contadas excepciones, a la vista tenemos un libro farragoso, pesado y erudito, que nos marea con fechas y citas, y nos abrumba con su prosaísmo e insipidez.

No así es esta obra de Gil. Es variadísima, instructiva, amena, evocadora, amable y ligera. El que Enrique Gil haya llegado a conseguir esto, es, a mi ver, debido a que el poeta, mezclando las amenas descripciones del paisaje con las áridas de los monumentos, y entretejiendo en las noticias históricas

relatos por él vividos, supo amalgamar tan heterogéneas cosas, alcanzando así el envidiable *miscere utile dulci*. El temperamento artístico de Gil, unido al acendrado amor a lo suyo, que es lo nuestro, fué guía seguro en trabajo tan detallado de nuestras glorias y bellezas.

Después de una patriótica introducción, en la que el autor con justicia se lamenta del olvido en que tenemos el estudio de lo regional, escribe: « En cuanto a nosotros, que hemos nacido en el regazo feliz de esta tierra, y pasamos en ella los alegres días de la infancia, y los no tan alegres de la primera juventud, hemos creído justo dedicarle este leve testimonio de nuestro amor y recuerdos ».

Comienza estudiando el pueblo romano en *Belgidum*, y desde la eminencia donde supone estuvo enclavada la ciudad, hace la siguiente maravillosísima descripción. « Era una tarde de julio, cuando en compañía de dos amigos de aquellos que sin duda por su precio concede tan escasamente el cielo, subimos a ella. Un viento fresco del poniente movía las vides sobre los escombros del templo de Baco; el cielo estaba claro y diáfano; sólo unas nubes de color de plomo con vivas franjas de púrpura servían de lecho al sol, que se ponía. A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos; el Cua, que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del Monasterio de Carracedo. Un poco más adelante Ponferrada, cubierta en gran parte con su magnífico castillo de Templarios, se

extendía por un hermoso altozano, y muy cerca de ella se alzaban iguales como dos gemelos los Castros de Columbianos y San Andrés, antiguos campos atrincherados de los mismos cuyo polvo removíamos a la sazón con nuestras plantas. A la derecha se desplegaban la cordillera altísima de la Aguiana; el Sil, centelleante como una serpiente de escamas de oro a los últimos resplandores del sol, se deslizaba besando su falda, y al paso en su orilla derecha llana y sosegada se esparcían las praderas de Villaverde y Dehesas. En la izquierda, ya más quebrada y pintoresca, veíase desembocar el río Oza por la vega de Toral de Merayo. Rimor, enclavado en un angosto valle; Priaranza, vistosamente asentado en la cuesta; el castillo de Cornatel, semejante a un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipicio, y por último término, las tajadas, carcabas y caprichosos picachos encendidos de las Medulas, que a lo lejos parecen vivas llamas sin cesar alimentadas por una mano invisible. A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el paisaje. La cuenca deleitosa de Vilela dilatada a orillas del Burbia sus huertas y prados, sus campos de trigo y sus castaños, y a su frente, en un recogido seno de los montes, subía en lucida y desordenada gradería con sus higuerales y vergeles, el pueblo de Corullón, coronado por un antiguo y alto castillo.

Estudia luego a los romanos, las vicisitudes de la ciudad, le sale al paso un episodio de la guerra de

la independencia, se ocupa de Interamnium-Flavium y de los Castros, analiza las riquezas minerales bercianas, se extiende en largas consideraciones acerca de las Medulas, a cada instante nos obliga a detenernos, para admirar el paisaje, sigue con la descripción de aquellos auríferos subterráneos, que recorrió paso a paso, arrastrándose a veces; vé una, y otra, y otra mina, y acaba esta primera parte haciendo un llamamiento a los capitalistas, que en las entrañas de la tierra buscan la fortuna, orientándolos hacia el Bierzo.

Fundadamente esperamos que el vasto plan concebido y comenzado a ejecutar por muy queridos amigos nuestros, se llevará a cabo después de la temporánea suspensión de los trabajos, ocasionada en parte por ambiciones prematuras de los naturales del país, que no ven el mas allá de obra tan importantísima. Ello sería el resurgimiento, no del Bierzo, sino de toda la provincia, y aunque quizá nosotros no lo veamos, no creemos muy lejano el día en que allí estén encendidos los Altos Hornos. Perdón por el inciso.

Después de estudiar la dominación romana, pasa a la creación de Monasterios. Compludo, San Pedro de Montes, San Félix Visuniense, devastados por la morisma. Habla de León en la Reconquista, de la fundación de Ponferrada y Villafranca, Peñalva, la bailía de los Templarios, Carracedo, las iglesias de Corullón, Otero, San Miguel de las Dueñas, etcétera, etcétera, van pasando por su pluma, y por ella pasan

también los restos militares bercianos de la Edad Media.

Por el hermosísimo camino de Ponferrada a San Pedro de Montes, nos lleva Gil al *Valle del Silencio*, nunca mejor apellidado; nos hace entrar en la cueva de San Genadio; nos describe la iglesia y retablos de San Pedro de Montes, nos da cuenta de unas tablas pintadas, que ya no existen, nos sube al mismo pico de la Aguiana y desde aquella altura nos hace una soberbia descripción panorámica del Bierzo, que es la más perfecta que hay.

Dije en otro lugar que a Gil y Carrasco corresponde el altísimo honor de haber llevado por primera vez en España el paisaje a la literatura. De la fortuna con que lo hizo, son claras muestras estas tres páginas dedicadas a la Aguiana. Son ellas un prodigio, un himno, un canto a la belleza berciana, a la sublimidad de la Naturaleza, a la bondad de Dios, y ante aquella magnificencia a la pequeñez del hombre, « que reconoce por su padre al barro, y por su única fortaleza y esperanza al Dios que le animó con su soplo divino » según fervoroso dice el poeta.

A estas páginas debo yo la comezón que me entró por subir a la Aguiana, y a Gil debo una de las mayores satisfacciones de mi vida, al lograr mi deseo. Si algún oyente mío allá subiere, lleve consigo estas páginas de Enrique Gil, léalas desde allí y vaya confrontando con la vista de aquel grandioso e inmenso panorama, la maravillosa descripción del ruiseñor berciano.

Imposible seguir extractando. Villafranca, Ponferrada, Bembibre, Astorga, León, Sahagún, desfilan ante el lector con su historia, sus templos, sus Catedrales, sus montes, sus valles, sus riquezas agrícolas y mineras, su clima, su indumentaria y su fisonomía exacta, perfecta, acabada.

El presente estudio es el que mejor ha compendiado todo lo de nuestra leonesa provincia. Es de un hondo y sano regionalismo. Si de algo sirviera mi ruego, yo diría a los mayores que posaran sus ojos en estas páginas de nuestras glorias, y a nuestros ilustrados maestros que pusieran este trabajo en las manos de nuestros niños, que en la sencillez pedagógica y en la concisión que encierra hallarían insensiblemente rico caudal de conocimientos leoneses, que no desdeñaría hombre de carrera.

Estudiemos a Gil, conozcamos a Gil, divulguemos sus obras, porque así estudiaremos, conoceremos y divulgaremos lo nuestro, que es tan hermoso, tan grande, tan variado y tan glorioso, que en nada tiene que envidiar a las demás regiones de la hermosa, grande, variada y gloriosa España.

JOSÉ MARÍA GOY.

ANHELOS.....

Llevo en el corazón grandes pesares,
sufro en el alma cruentas amarguras,
y sediento de ilusiones y cantares,
pobrezas en mis tiempos y en mis lares,
me asfixio entre la prosa de imposturas...

.....

Bien quisiera remontarme a las alturas,
besar el cielo pletórico de estrellas,
robarle sus angélicas ternuras,
y daros, queridas criaturas,
manjares de ideas siempre bellas,
en donde se forjan las centellas
radiantes de volcánicas pasiones,
venero de bondades y querellas
todo amor, sonrisas de doncellas,
deleite de las gracias y emociones.

Quisiera hoy, rendir los corazones
con nuevas y vibrantes armonías,
con gesta de excelsas creaciones,
encantos de recuerdos y oraciones,
ofrendas de hermosas poesías...

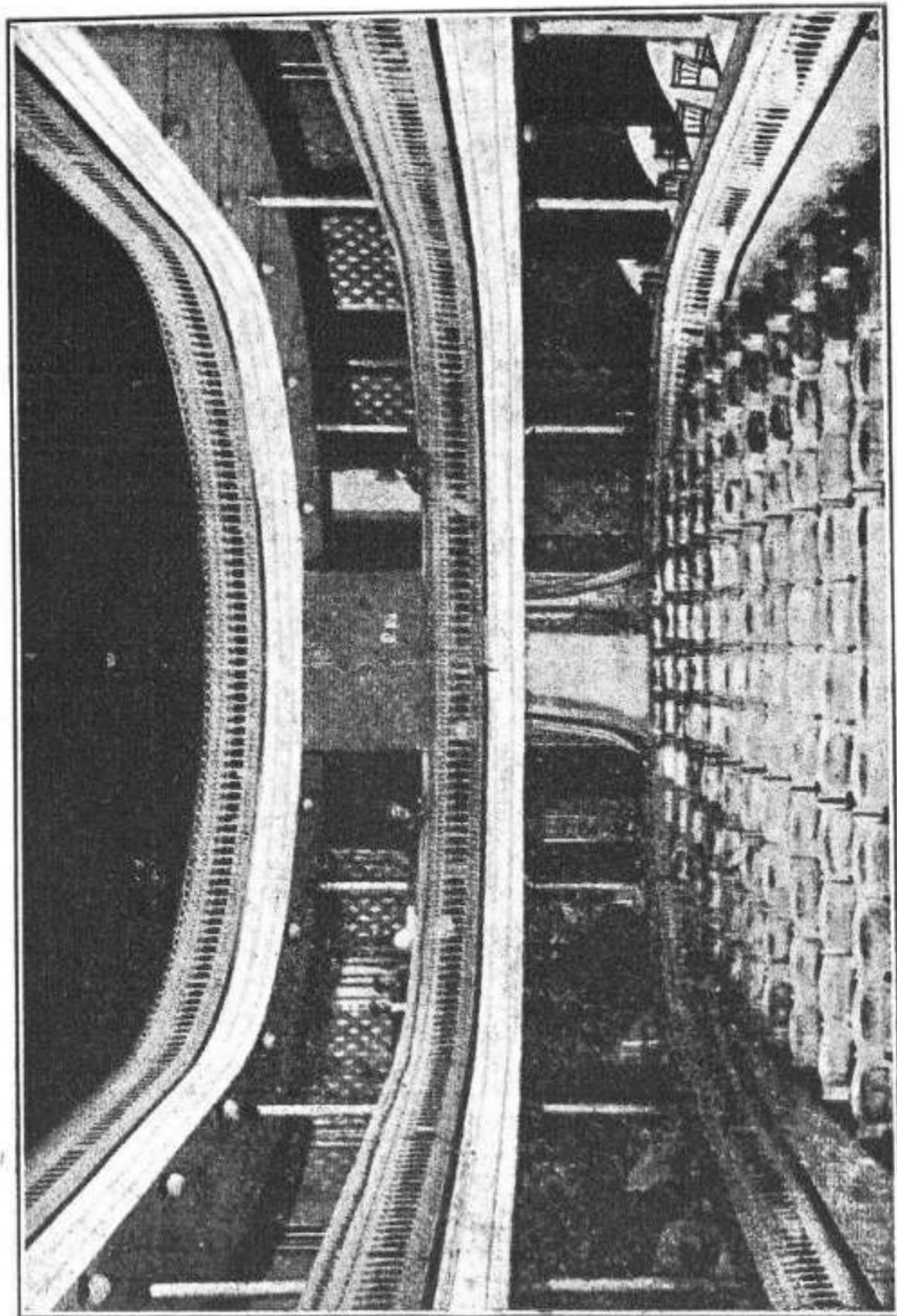
Quisiera remozar en estos días
de fiestas maternales y lozanas,

las puras e intensas alegrías,
las nobles poderosas energías
de glorias seculares y bercianas.

Quisiera que doblasen las campanas
en locas y sonoras badaladas,
y en notas bullidoras, cruzasen las serranas
alturas de mis montes, en donde las fontanas
volviesen cadenciosas sus baladas;
quisiera que volasen en bandadas
legiones de alegres mariposas,
llevando entre sus alas moteadas
el polen de las dichas deseadas,
la suerte de las horas prodigiosas;
esas horas de paces victoriosas,
que alfombran de caricias y de rosas
las vidas abnegadas, no tediosas,
dispuestas, optimistas, muy ansiosas
de dulces expansiones venturosas,
rocío de perlas primorosas,
en donde se bañan los poetas
soñando quimeras ardorosas,
fugaces destellos de facetas;
las luces brilladoras de cometas,
en donde combinando irisaciones
se gozan las delicias más completas,
y surgen ungidos los atletas
que brindan la miel de sus canciones.

Quisiera despertar las devociones
que elevan y engrandecen a los pueblos,
unirlos con pujanzas de leones,
decirles consejos y lecciones
que fueran la expresión de sus anhelos.

Quisiera maldecir a esos recelos
mezquinos y cobardes y traidores,
sentina de desdichas y de celos,



TEATRO VILAFRANQUINO

donde se celebró la velada en honor de Gil y Carrasco

en donde se ciegan los Otelos
dañando los impulsos redentores.

Quisiera algo más, que fuesen creadores,
humanos, fraternales, españoles,
galantes, valientes, trovadores,
gigantes en empresas y en amores,
los *ases* en el mundo de los soles;
¡águilas, en fin!, mejor que caracoles
de torpes y rastreros movimientos,
que mueren sin gustar los arreboles,
en medio de la tierra y de las coles,
sin frutos y noción de sentimientos...

Quisiera edificar sobre cimientos
de roca inconmovible, los pilares
de grandiosos y ricos monumentos,
en donde se saciasen los sedientos
del néctar del saber, que son millares.

Quisiera saturar estos cantares
sin fuego, sin colores, desvaídos,
con vida y oleaje de los mares,
que tienen siempre enhiestos los altares
al mágico admirar de los sentidos...

Mas todos mis querereres, ya rendidos
se esfuman entre nubes de impotencias,
y vuelan a esconderse confundidos
entre escombros, ruinas de gemidos
que lloran el desdén de las cadencias...

¡Quién pudiera cantar sin estridencias
del astro festejado sus fulgores;
libar sólo una gota en sus esencias,
que fueron maravillas y eminencias,
panal del genio, manantial de flores!

Espejo de los grandes soñadores
en patrios ideales, y en calvarios;
cantando de su tierra los primores,

con trinos de sublimes rui señores
la historia brillantó de sus *templarios*.

Mas fueron sus despojos, los osarios
proscritos, olvidados, irredentos;
si fuesen las cenizas de corsarios,
ya tendrían sepulcros y rosarios,
¡oh triste condición de los talentos!
volcanes de esos grandes pensamientos
que en bien de universales armonías,
con pródigo entusiasmo, van atentos
sanando dolores y tormentos
en vidas de incesantes agonías...

Para todos los que siembran poesías,
nacidas al calor de amores fieles,
os piden hoy las pobres letras mías,
no el loco aplaudir de las orgías,
sinó el ramo feliz de los laureles;
que versos y amores, son ojos y pinceles,
como son en la tierra belleza las mujeres,
y mejores ¡ay! que el acíbar, son las mieles
de diáfanas bondades, que en caireles
cuelgan el manto sutil de los placeres.

Abrid el alma y admirad los seres
de estelas luminosas e inmortales;
¡honrad a los poetas!, sus querereres
son la plácida luz de amaneceres,
y el beso fecundante de ideales:
dejad que florezcan los rosales,
pedid que rían sin cesar los cielos,
y veréis como acaban muchos males,
y se extinguen aullidos de chacales
al verse realizados mis anhelos:
veréis más riquezas y consuelos,
nidos de amor, raudales venturosos
que lleven muy lejos los desvelos

de tristes miserias y recelos,
vivero de los tiempos luctuosos.

Luz y vida a pobres temblorosos
darán vigor, y no serán dogales
vanidad y ambición, funestos posos
que ahogan con garras de colosos,
la vida patriarcal de los mortales...

Valen más los modestos maizales,
el agua pura de las humildes fuentes,
el grano campesino en sus trigales,
que el vacío orgullo de secos manantiales
llorando sus tesoros impotentes.

¡Sanad el corazón, erguid las frentes,
aventad mortíferas escorias,
nimbaos con auroras esplendentes,
y acabarán las eras decadentes
irrumpiendo el reinado de las glorias.

FRANCISCO DE LLANO Y OVALLE

¡EL POETA VIVE!

El tren corre velozmente, dejando atrás las áridas llanuras de Castilla.

El sol comienza a extender sus dorados rayos sobre la tierra.

Los viajeros contemplan, al través de los cristales de los coches, el paisaje, que, poco a poco, se va embelleciendo.

En un departamento, solo, hay un viajero. Viene de muy lejos: de Berlín. Es un poeta.

El tren se detiene en una estación de gran movimiento. Un empleado grita: —¡León!...—El poeta se extremece y ávido se asoma a la ventanilla para contemplar desde lejos las hermosas torres ojivales de su Catedral.

El convoy comienza de nuevo su carrera.

El poeta se sienta y abre un libro: se titula *El Señor de Bembibre*. Enfrascado en su lectura pasa desapercibido el río Orbigo sin admirar los encantos de sus riberas. Sólo cuando llega a Astorga, el poeta

deja un momento la lectura para ver, en lontananza, su Catedral y su bello y hermoso Palacio Episcopal.

Abstraído en la lectura, no se da cuenta de que el tren sube fatigosamente hasta llegar a la cumbre de Brañuelas, ni que después se despeña vertiginosamente hasta entrar en el Bierzo. Por eso no se da cuenta, ni de lo abrupto del paisaje, ni de lo bello de sus valles. Sólo le saca de su ensueño un nombre, que oye pronunciar: ¡Bembibre!

—¡Ah! —exclama. — ¿Dónde estará «El Señor»?

En vano lo busca con la mirada. Sólo ve en lontananza el torreón de su castillo; los sotos de castaños por donde solía cazar; las márgenes del Boeza, por donde solía pasear pensando en Beatriz.

Ante la vista del poeta van deslizándose los más bellos y variados paisajes. Ya apacibles arroyuelos serpentean por entre las verdes praderas llenas de flores, en cuyas corolas brilla «la gota de rocío»; ya caudalosos ríos corren entre peñas de granito; ora pequeños arbustos y zarzales, entre cuya enramada cantan alegres los ruiseñores y jilgueros; ora sombríos bosques de castaños, en cuyas copas cantan y retozan las oropéndolas, los gayos y las tórtolas.

Entre los celajes de una sutil niebla, que del Sil se eleva, ve el poeta un castillo de Templarios. ¡Oh, Ponferrada! ¡Enrique Gil y Carrasco!

Niebla pálida y sutil
Que en alas vas de los vientos,
No así callada y sombría
Desparezcas a lo lejos,
En pós de ti correré
Sin vagar y sin sosiego,
Porque está sedienta el alma
De tus sombras y misterios.

Recitando estos versos del poeta berciano, penetra entre la niebla. De pronto, ante su vista pasa una visión. Es «la Virgen de los Valles», que lleva en su seno un ramo de violetas. Pero no va sola; lleva de su mano al poeta berciano.

¡Pero, cómo! ¿No era ayer cuando él en Berlín buscara «por las sombrías calles, do yaciera escondido su ataúd»? ¿No era ayer cuando paseando a orillas del Spree, encontró de pronto la tumba del poeta, semiabandonada y sin una flor? ¿No era ayer cuando ávido buscaba los restos del poeta para traerlos a su patria, a su región berciana, y sobre ellos levantar un monumento que perpetuara su memoria?

¡Ah, no! ¡Aquello era un sueño; la realidad es esta: el poeta vive!

Sí. Mientras exista el Bierzo y en él se alcen Villafranca, Bembibre, Ponferrada, Arganza, Carracedo, Cornatel; mientras sigan corriendo por sus hermosos valles el Cúa y el Boeza, el Burbia y el Sil, y la sutil *niebla*, que de ellos se eleva, los llene de ensueños y misterios; mientras haya *violetas* en

el Bierzo, en cuyas corolas brille cristalina *la gota de rocío*; mientras exista *El Señor de Bembibre*, Enrique Gil y Carrasco, el poeta, vive. ¡Porque es inmortal!

RICARDO BLANCO GAZTAMBIDE.

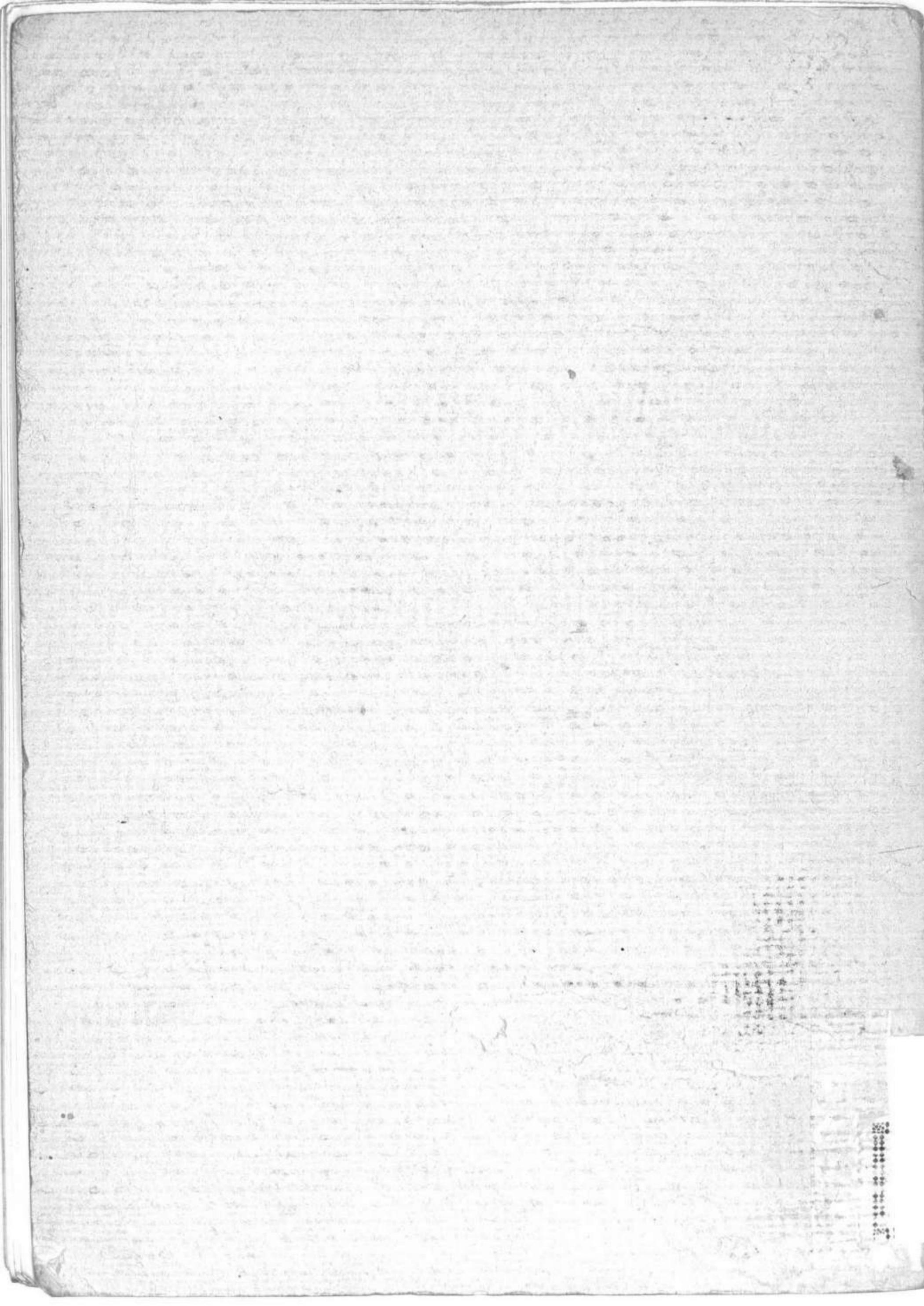
;

!

+







7704